

Los ojos de la farola

J Roco



Los ojos
de la farola

J G Roco

Capítulo 1

Soberbia y pálida era la farola que proyectaba la sombra del caminante que se mecía en el regazo de la misma mientras apuraba la chusta en busca de un refugio para resguardarse del tiempo.

Los minutos pasaron y por fin llegó la causa por la que el caminante se prometió cambiar; cambiar a mejor se entiende. Debido a su condición de inerte, una farola no entiende de sentimientos o promesas, solo de luz y circuitos. De álgebra y puertas lógicas. De puertas lógicas: ahí empezó todo.

Hacía apenas un año que el caminante había llegado a la ciudad. Anduvo y recorrió, paseo y trotó; a veces corría para evadirse o huir, ambas cosas distintas. La pieza clave era el movimiento de sus pies. Es posible que haya quien envidie a las farolas por ser capaces de generar luz, al igual que también habrá farolas que envidien a las personas por ser capaz de moverse, pero ninguna de las partes conocerá nunca el sentimiento de la otra.

La envidiable luz que centelleaban las suelas del caminante siempre le pusieron los dientes largos a la farola que había frente a su hogar, observándole siempre en la impunidad de la noche, viendo cómo crecía. Su gran ojo observó durante ese año las fatales amistades que hizo, el abuso de la droga que hizo, la sangre del caminante tiñendo el cuerpo de ésta, las cogorzas que se agarraba y que compartía con ella mientras danzaba a su alrededor. Observó cómo dijo suficiente, observó cómo recayó en sus hábitos, cómo dijo basta y cómo volvió a errar. Le vio crecer, pelear, discutir, sexear, llorar y amar. Vio cómo llamaba a sus padres diciéndole que todo iba bien cuando todo iba mal. Un mes impagado o una noche en el calabozo no le consiguieron detener. La farola ardía sus bombillas con las lágrimas de un llanto ahogado suplicando piedad cuando intentaba moverse para ayudar al caminante. Quería alentarle, decirle "no pasa nada, tronco", quería tener la consciencia de sentirlo y amarlo. Le había visto adaptarse y sobrevivir y ni siquiera era capaz de interpretar las palabras que emitía la boca del caminante. Qué injusta es la vida de una farola. "¡Ladillas en el pubis de Tesla!", clamaba con ira el ser inerte.

Una buena noche, propicia al ser cerrada destacando más su luz, un caminante hembra se detuvo súbitamente en la farola. Aun sin entender la lengua arcaica que empleaban los caminantes, ella sabía diferenciar a la perfección el tono de voz de aquellos seres, y lo que vaticinaba el tono de aquella caminante no eran precisamente palabras amables. La observó como siempre hacía a todo el que pasaba. Parecía apurada. Las noches eran frías pero iba abrigada lo suficientemente para recorrer una larga distancia, pensó que seguramente estaría a medio camino de acudir a una

cita. Pasaba el tiempo y la sensación que transmitía de encontrarse perdida en medio de la nada no se esfumaba de la mente de la farola. Y se acordó. La inocencia de la caminante le recordó lo perdida que estaba ella respecto a ser capaz de ayudar al caminante, de tener que limitarse a las súplicas desoídas que le rezaba a la nada cada mañana antes de dormir. Y entonces se sumergió en el vacío más solitario; estaba rota.

Su mente cerraba divagaba sobre la existencia de sí misma, de la causa y efecto del paradigma robótico que suponía su existencia para con los caminantes con los que se veía obligada a habitar pero sin poder comunicarse. Y en medio de todas esas paranoias y miedos de farolas que todo caminante sufre alguna vez en su vida, escuchó algo. Era un delicado sobeteo que sonaba a metálico. Un zumbido fatídico, sordo y acurrucado que hacía eco con la palma hueca que lo sostenía. Abrió la mente que revelaban sus ojos de farola, desvió estos hacia abajo y vio a la caminante frotar lo que parecía ser la batería de su móvil contra su cuerpo metálico y frío. Y cuando la observó como tantas veces había hecho a lo largo de muchos años, lo comprendió todo.

Al abandonar sus esquemas obtuvo su respuesta. De repente la farola empezó a brillar de forma súbita, cada vez más. Un resplandor que alertó a otras farolas colindantes. Y cuando la vieron también la comprendieron. Empezaron a animarla dándole parte de su energía a través de la enrevesada trama de circuitos y cables que de una u otra manera las conectaban entre sí. Y brilló, y brilló. Parpadeaba sin importarle; extendió su extremo lumínico programado de fábrica y rompió con las reglas a las que se ataba. Se movió. No literal, pero sí dio un primer paso para llamar la atención del caminante que se encontraba a espaldas suya viendo la televisión y separado de ella por una ventana de cristal. La caminante era perfecta para él, pensaba.

Y es que si no fuera por la inocencia de la caminante cuando creyó con pasmo lo que le dijo internet sobre recargar baterías de móvil frotando éstas contra una farola, la misma farola no habría podido sentir el zumbido inútil de la caminante cuando puso en práctica sus conocimientos. Y si ese mecido vaivén que la farola catalogó de caricias no le hubiese despertado de su deprimente letargo, no habría podido observar la estupidez que estaba haciendo la caminante. Y si no hubiese observado esa estupidez, tampoco habría podido vislumbrar su estúpido planteamiento de querer moverse e interactuar con el caminante igual que lo hacía él con los de su especie. Y si no hubiera sido por ese cúmulo de coincidencias, nunca hubiese brillado. Sus suelas nunca hubieran centelleado como centellearon aquella noche cerrada hasta el punto en que la propia farola empezó a vibrar desde su tronco hasta su casco. Y si no hubiese parpadeado, la caminante habría desistido, ya que creía que los parpadeos los provocaba ella mientras se recargaba la batería. Y si el caminante no hubiese bajado a socorrer a la semejante cuando oyó un estruendo y vio cómo la bombilla y el casco de la farola explotaron encima

de la caminante, éste nunca la hubiese conocido.

Y fue gracias a la farola, planteándose sin dejar de abandonarlo, como consiguió ayudar al caminante al que tanto aprecio tenía. Y su recompensa fue ver cómo éste volvía a decir basta y suficiente. Y ver cómo la caminante le ayudó con su toxicomanía, deudas y amistades poco convenientes. Y ver finalmente, tras una súplica tras otra, cómo el caminante esperaba bajo aquella farola, siempre custodiándole sin saberlo. Y entonces llegaron.

El coche aparcó a su lado segundos después de arrojar aquella última chusta que se prometió a sí mismo consumir. Tras bajarse del coche, ella le entregó a su hija para que pudiese sostenerla en el regazo; sostenerla de la misma forma en la que él se sostuvo en el regazo de la farola numerosas veces durante aquel año. Y tras subir con el equipaje, su novia y su hija, los cuatro empezaron una nueva vida cuyo final siempre brillaría con la intermitencia artificial de la protectora silenciosa.

Dedicado a Light Lantern, la última farola de la Tierra que nunca sucumbirá frente a anuncios de "perro perdido" o "se ofrece asistenta" bajo amenaza de calambrazo.